

¿Bien de consumo, figura mística o mercancía romántica? La representación de la prostituta en *Confesiones de un inglés comedor de opio* y *El diario de 1803* de Thomas De Quincey

Fiorela Isis Mestres¹

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

fiorelamestres@gmail.com

Resumen

Este trabajo se propone considerar las representaciones de las prostitutas en dos textos del escritor inglés Thomas De Quincey, *Confesiones de un inglés comedor de opio* (1821) y un diario personal que el autor escribió en 1803. En particular, nos interesa que ambos textos, que comparten la cualidad de ser de carácter autobiográfico, reflejen representaciones tan disímiles de la prostitución femenina. El hecho de que *Confesiones* se constituye como una obra pensada y destinada a la publicación mientras que el diario es una escritura privada nos aporta una distinción esencial para comprender las diferencias entre ambas obras y, asimismo, revela la compleja operación que supone la creación de Ann de Oxford Street, la prostituta de *Confesiones*. En este sentido, proponemos que la idealización de Ann y su constitución como mercancía romántica, que están ausentes en las representaciones de las meretrices de *El diario de 1803*, está en relación directa con el medio público en que se presenta ya que, en ella, confluyen los discursos sociales que circulaban en la época sobre las prostitutas, la imaginaria romántica sobre la mujer y la configuración del yo autoral que define el estatuto de De Quincey como intelectual.

Palabras claves: prostitución; De Quincey; mercancía romántica; idealización; escritura pública

La historia de Ann de Oxford Street, la prostituta que acompaña al joven Thomas De Quincey durante sus años de vagabundeo por las calles londinenses, se ha constituido en un mito romántico que, si bien aparece por primera vez en *Confesiones de un inglés comedor de opio* (1821), fue retomado por diversas obras decimonónicas póstumas como *Los paraísos*

¹ Fiorela Isis Mestres es estudiante de Letras en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Actualmente, se desempeña como adscripta de la cátedra de Literatura del Siglo XIX e integra el proyecto Filocyt “El futuro pasado en la literatura del siglo XIX: categorías, problemas, análisis críticos”.

artificiales (1860) de Charles Baudelaire y *El libro de Monelle* (1894) de Marcel Schwob. Estos textos no sólo preservaron el carácter idealizado con el que De Quincey había conformado al personaje de Ann sino que reprodujeron, consolidaron y difundieron la relación entre el Comedor de opio y su “joven benefactora” (De Quincey 2008: 46) como una unión pura, fundamentada en lazos de solidaridad, bondad y compasión.

Sin embargo, ésta no es ni la única mención ni la única representación que está presente en la obra de Quincey sobre las prostitutas. La aparición de un diario personal que el autor escribió en 1803 exhibe una imagen completamente antagónica de la sostenida en *Confesiones*. En esta escritura privada no sólo se eliden completamente los acontecimientos de Londres y la relación con Ann sino que, además, se registran los encuentros con prostitutas de forma desapasionada e íntimamente ligados al mundo económico.

Al enfrentar ambas escrituras, que comparten la particularidad de ser autobiográficas, estar escritas por un mismo autor y basarse en eventos que se sucedieron con una temporalidad tan próxima pero que plantean una representación completamente diferente de la prostitución femenina, no podemos dejar de preguntarnos: ¿cuál es la razón que explica este cambio? Es por ello que, en este trabajo, sostendremos que la idealización de Ann y su cualidad de mercancía romántica, ausentes en las meretrices de *El diario de 1803*, está en relación directa con la intención de publicar el texto de *Confesiones* en la prensa escrita, ya que el carácter público de la obra entrama una compleja operación ideológica que se realiza sobre este personaje pues en ella confluyen los discursos sociales que circulaban sobre las prostitutas en la época, la imaginaria romántica sobre la mujer y la configuración del yo autoral que define al autobiógrafo como un intelectual.

Ann ingresa al texto de *Confesiones* íntimamente ligada al mundo del dinero debido a su pertenencia a “esa clase infeliz [de mujeres] que subsiste gracias al dinero de la prostitución” (De Quincey 2008: 42). Es decir, Ann es presentada como una figura que se inscribe dentro de la esfera económica porque el autor decide no ocultar su condición de trabajadora sexual, a pesar de que la excluye rápidamente del conjunto de prostitutas –“no dejes que te incluya, oh noble Ann entre esa clase de mujeres” (43)– debido a la deuda de gratitud que tiene con ella. Es más, su actividad como meretriz es lo primero que saben los lectores del personaje; constituye su caracterización mucho antes de que se detalle su nombre y su importancia en la vida del Comedor de Opio.

Pero, paradójicamente, Ann también se constituye como un personaje con fuerza mística, lo cual confirma que en De Quincey “la tendencia de su narrativa es alejarse de lo

socialmente específico, hacia lo mitificado” (North 2011: 336). En este sentido, el texto desplaza lo puramente económico que define a la prostituta en una primera instancia para adoptar una mirada idealizada, que se verifica en la construcción del personaje como un sujeto beatífico y sacralizado. El acto que inmortaliza a Ann –tanto en *Confesiones* como en las narraciones posteriores que retomaron su historia, de las cuales dábamos cuenta anteriormente– es, justamente, la salvación desinteresada, que demuestra el triunfo de la lógica de la generosidad y de la solidaridad por sobre las relaciones de interés propias del capitalismo de mercado en la gran ciudad. En esta conocida escena, la joven decide extender “una mano salvadora” (De Quincey 2008: 45) hacia un joven moribundo pagando “sin chistar de su propio humilde bolsillo” (46) una bebida para reanimar a su compañero “en un momento [...] en que escasamente tenía con qué sufragar las necesidades básicas de la vida y cuando no tenía ningún motivo para suponer que [...] alguna vez pudiera reembolsárselo” (46).

Asimismo, la reaparición de Ann en los sueños provocados por el opio refuerza este carácter sacralizado que se le asigna al personaje. Allí se la presenta como una reconfiguración de María Magdalena en clave moderna y el cuerpo muerto de la joven se inviste de un carácter angelical pues su desaparición física la preserva “antes de que los agravios y la crueldad hubiera borrado y transfigurado su naturaleza ingenua” (De Quincey 2008: 65), es decir, la resguarda de la perversión que podría haber sufrido en el mundo terrenal. En esta línea, el sueño de resurrección, donde Ann aparece el Domingo de Pascuas, como si hubiese descendido del Cielo, para reencontrarse y consolar al autobiógrafo le aporta una carga sagrada que sintetiza el punto máximo de la idealización del personaje.

En síntesis, esta representación de la prostituta que traza *Confesiones*, en la que conviven el aspecto económico con una dimensión idealizada, nos permite afirmar que puede atribuírsele la ontología dual de la mercancía romántica. Este concepto de “ontología dual” fue acuñado por Margaret Russett para visibilizar la conformación del opio “como ‘espíritu’ animador y mercancía material [lo cual] revela su relación anfibia con los dos discursos aparentemente más alejados entre sí a principios del siglo XIX: la economía política [...] y la estética [...]” (1997: 136). En este sentido, podemos considerar que Ann cumple también con estas cualidades ya que su condición de trabajadora sexual, que ofrece su cuerpo como un bien de consumo en el mercado, la circunscribe dentro del ámbito económico, pero su caracterización como un sujeto moral y místico permite su sacralización y estetización.

Sin embargo, en 1927 se descubrió un diario que De Quincey escribió en 1803 durante un viaje a Everton –esto es, un año después de que presuntamente conociera a Ann–, en el cual no sólo no se menciona a la joven sino que los encuentros con prostitutas se registran desapasionadamente como meras transacciones económicas. De hecho, este texto contiene numerosas referencias al dinero; cuánto se tiene, cuánto se debe, cuánto se gasta y en qué son algunas de las formas en que aparece expresado a lo largo de las anotaciones.

Las escasas alusiones, reflejadas en una escritura críptica, a estas relaciones con prostitutas denotan un severo contraste frente a la representación que advertíamos en el caso de Ann. Aquí, el componente ideal se pierde totalmente y el imperativo del dinero ocupa un lugar central. La repetición de un mismo esquema bipartito, donde se coordinan el encuentro con la prostituta y la correspondiente paga que se efectúa por los servicios prestados, caracterizan la totalidad de las menciones. Así, lo que se detalla en la primera entrada: “disfruto de una joven en el campo por 1 {c[helín]}. 6 {p[eniques].}” (De Quincey 2000: 35), reaparece en las anotaciones posteriores: “voy a casa con una puta {a} Everton le doy todo el cambio que tengo” (37) y “voy con la misma puta gorda con la que estuve la última vez – le doy 1c[helín]. y mi {un} pañuelo de bolsillo de batista” (46). Como vemos, hasta el vocabulario nos permite dar cuenta de la falta de idealización que se les asigna a estas mujeres porque, por un lado, pierden su estatuto como sujetos para convertirse en cuerpos intercambiables, no individualizados que se ofrecen en el mercado y, por otro, por la adopción del término “puta” [“whore”] para referirse a ellas. Si bien esta expresión, a principios de siglo, “se usa como sinónimo y más comúnmente que ‘prostituta’” (Laite 2017: 122) aporta, en este contexto, un rasgo peyorativo que no se halla en *Confesiones* puesto que allí De Quincey opta por la denominación de “trotacalles” [“street-walkers”] o, una inflexión cómica, de “mujeres peripatéticas” [“female peripatetics”] (2008: 43), lo cual denota una mayor indulgencia y una cierta identificación con las condiciones de vida de este colectivo.

Como se puede apreciar, el cambio en la representación es evidente y la cuestión que debemos tratar es por qué se produce. Creemos que la clave está en comprender que enfrentamos dos tipos de escrituras diferentes, pues *Confesiones* está proyectada como una obra cuyo fin es ser publicada en la prensa periódica mientras que *El diario de 1803* se constituye como una serie de anotaciones privadas para consulta exclusiva de su autor.

Este carácter público de *Confesiones* conlleva una necesaria construcción del material narrativo que está en consonancia con los requerimientos que supone escribir en un medio

masivo. Es por ello que De Quincey es consciente de que debe nutrirse y apropiarse de los discursos que circulan en la sociedad para cimentar su relato así como también tiene presente que, al tratarse de una escritura autobiográfica, debe realizar una construcción rigurosa de su yo autoral.

En este sentido, la representación de Ann impacta directamente en el modo en que De Quincey se presenta ante su público lector y en la conformación de su subjetividad como filósofo. La relación con la joven, particularmente, y con los marginados sociales, en general, se constituye como un modo de aprendizaje que permite engrosar el conocimiento de mundo del autor, lo cual supone una de las cualidades necesarias para concretar su aspiración:

en ningún momento de mi vida, me he considerado manchado por el toque o la cercanía de cualquier criatura que tuviera forma humana: por el contrario, desde mi más temprana juventud, ha sido un orgullo conversar familiarmente [...] con todos los seres humanos [...] que la suerte pusiera en mi camino: una práctica que favorece el conocimiento de la naturaleza humana, los buenos sentimientos y esa franqueza de actitud que le sienta a un hombre que aspira a que lo consideren filósofo (De Quincey 2008: 42-43).

Por otro lado, si bien el texto se deslinda del discurso social que concibe negativamente a la prostitución, no por ello debe suponerse que De Quincey niegue las características reales de este fenómeno. Ann es la condensación de “un caso que se daba habitualmente” (2008: 44) ya que, como señala Walkowitz, “ubicadas en una posición económica y social vulnerable, algunas mujeres pueden haber encontrado en [...] la prostitución una salida temporal a sus dificultades inmediatas” (1980: 14). A su vez, la edad de la joven, que según nos informa el autor “no había cumplido todavía dieciséis años” (De Quincey 2008: 44), también coincide con la franja etaria usual de ingreso en esta práctica pues “dieciséis años parece haber sido la edad más común [de iniciación sexual]” (Walkowitz 1980: 17). Y, por último, el carácter solidario de las prostitutas configura una cualidad que en aquella época era conocida por “numerosos comentaristas [que] remarcaron sobre los frecuentes actos de generosidad entre los miembros de la ‘hermandad caída’” (27).

Asimismo, De Quincey tampoco descuida la representación romántica de la mujer y se alinea con los autores masculinos que pretenden “generar siempre [...] un ángel” (Gilbert y Gubar 1998: 35), es decir, un ser signado por la pureza, la bondad y la belleza. Estas cualidades, explícitas en la construcción de Ann, se exageran especialmente en el sueño de resurrección ya que el tópico de la muerte femenina permite no sólo la redención de la prostituta sino su máxima idealización pues “el culto estético hacia la fragilidad

elegante y la belleza delicada –sin duda asociado con el culto moral a la mujer-ángel– obligó a las mujeres [...] a matarse [...] para convertirse en objetos de arte” (Gilbert y Gubar 1998: 40). De manera que De Quincey se está apoyando en una forma ya asentada de representación femenina, que tiene un anclaje literario, y que se constituye también como un ideal al que debían aspirar las mujeres dentro de la sociedad.

Todos estos procedimientos claramente están ausentes en la escritura de *El diario de 1803* porque este texto no persigue el objetivo de construir e inmortalizar personajes, ni de trabajar con los discursos públicos sobre una problemática del período y ni siquiera se propone conformar la subjetividad de un autor ante sus lectores. Una particularidad de esta obra es el lugar preponderante que tienen las transacciones económicas en general. El consumo de prostitutas, por tanto, se registra como un gasto más para el conocimiento exclusivo del joven De Quincey, por lo cual la ausencia de idealización y la falta de individualización de estas mujeres no deben sorprender.

En conclusión, la comparación entre estas obras nos permite visibilizar la complejidad que adquiere la representación de la prostituta ya que, si bien siempre está atravesada por el matiz económico propio de su labor, en su conformación como personaje literario intervienen tanto los discursos sociales que la caracterizan como la imaginería romántica que permite convertirla en un sujeto ideal.

Referencias bibliográficas

- De Quincey, Thomas. 2000. *Diary, 1803*. En *The Works of Thomas De Quincey. Volume I*. Edición de Grevel Lindop. Londres: Pickering & Chatto.
- _____. 2008 [1821]. *Confesiones de un opiófago inglés*. Buenos Aires, Losada. Trad.: Cristina Piña.
- Gilbert, Sandra y Gubar, Susan. 1998. *La loca del desván. La escritora y la imaginación literaria del siglo XIX*. Madrid: Ediciones Cátedra. Trad.: Carmen Martínez Gimeno.
- Laite, Julia. 2017. “A Global History of Prostitution: London”. En Magaly Rodríguez García, Lex Heerma van Voss, and Elise van Nederveen Meerkerk (eds.), *Selling Sex in the City: A Global History of Prostitution, 1600s-2000s* Países Bajos: Brill, pp. 111-137.
- North, Julian. 2011. “De Quincey and the Inferiority of Women”. *Romanticism*. Vol. 17, N°3, 327-339.
- Russett, Margaret. 1997. “Reproductions: opium, prostitution and poetry”. En *De Quincey's Romanticism*. Nueva York: Cambridge University Press.

Walkowitz, Judith. 1980. *Prostitution and the Victorian society*. Nueva York: Cambridge University Press.